

Alicia M. Sanz

(Londres, Reino Unido)

Primer Accésit del IV Certamen Internacional de Relato Breve sobre
Vida Universitaria Universidad de Córdoba

Nació en Londres en 1969, aspectos ambos de los que no se considera culpable y a los que no otorga ninguna importancia.

Ha dedicado su vida profesional a la enseñanza y, especialmente, a las ciencias forestales y del medio natural, tanto en empresas privadas como en públicas.

Se considera una eterna estudiante y una escritora empedernida. Lo que, según sus palabras, «no debe de significar nada bueno». En su archivo personal cuenta con varias novelas inconclusas y multitud de relatos, aunque deshecha la mayor parte de sus escritos sin remordimiento alguno.

El relato que aquí se presenta, del que no se siente especialmente satisfecha y del que piensa que «agradecería un nuevo título», fue escrito en el invierno de 2010 y enviado a este certamen unas horas antes de finalizar el plazo.

Es cierto que su periquito murió intoxicado...

VOLVER

Nieves lo dijo un día. Hacía casi diez años que habíamos dejado la universidad y trabajábamos en las oficinas centrales de una organización internacional. Nos conocimos nuestro primer día allí. Me acerqué a preguntarle algo y me contestó, con la misma expresión de despiste en su cara que la mía, que no lo sabía, que se había incorporado cinco minutos antes que yo. Nos hicimos amigas. Compartiendo conversación a la hora del café, una mañana lo dijo:

“¡Ay, sí!, ¡qué tiempos! ¡Los mejores de mi vida! Los echo de menos. Había que estudiar, sí, pero no era necesario matarse. Teníamos pocas horas de clase, comía en casa todos los días y luego



echaba un ojo a los apuntes. Bueno, mejor dicho: podía comer en casa, aunque la mayoría de las veces prefiriera quedarme con los amigos en la hierba, con un bocata, o haciendo cualquier otra tontería. Y vale, sí, asistir a alguna conferencia o cursillo. Pero lo que me viene a la cabeza cuando pienso en esos años son las fiestas, los viajes que nos hacíamos, los amigos, ¡esa unión que teníamos!, esa unión que compartir parte de la vida crea. Recuerdo con ternura los ligues, las risas, las locuras. Las horas de sueño robadas a las primeras clases, las fotocopias, la biblioteca. Sin preocupaciones, sin obligaciones siquiera, solo las que quisiera imponerme yo misma, sin agobios de ningún tipo. Y los papás pagando todo, claro, aunque eso era algo en lo que yo ni reparaba siquiera. Uf, quién pudiera volver ahora a ser una estudiante como aquélla”.

Me sorprendí al sentir unas ganas tremendas de llorar y me marché a ocultarme tras la pantalla del ordenador. No es que no supiera que ese mundo existía, que había coexistido conmigo en mis años de estudiante. Lo sabía, claro. Pero era como si hasta ese momento nunca antes se me hubiera mostrado tan nítidamente, tan claramente que llegó a impactarme, a aprisionarme el pecho, a dolerme, a humedecerme de golpe los ojos. No sabía por qué las palabras de Nieves habían causado ese efecto en mí. Aún lo ignoro, pero así fue. Me costó recuperar el ritmo normal del corazón. Ese otro mundo que había coexistido junto al mío era real y estaba formado por personas reales, normales, como Nieves era. Me pareció verla entonces, brillante y feliz, cruzándose conmigo en la boca del metro de la ciudad universitaria. Su pelo rubio perfectamente recogido en una coleta. El mío escapándose alborotado de lo que en algún momento de la mañana había sido una larga trenza. Intentando brillar sin saberlo, puede que haciéndolo incluso, dejándome llevar por la rutina,

muy cansada, pero dejándome llevar, sin oponer resistencia. Creo que creyéndome feliz, en el fondo. Solo tenía una vida y supongo que entonces lo más inteligente, si es que no se trataba de mero instinto de supervivencia, era vivirla sin hacerse demasiadas preguntas.

Debió ser aquél el momento en el que lo decidí: volvería a la universidad, volvería a ser estudiante. Recuperaría el tiempo perdido, sentiría lo mismo que Nieves había sentido, viviría esa vida que había pertenecido a otros. Y que parecía perfecta.

Cuatro meses después de estrenarme como universitaria, dejando atrás la locura del instituto, leí un artículo en el que se explicaba cómo los alumnos de primer curso de una ingeniería eran las personas que más horas dedicaban a sus estudios, que incluso más que los trabajadores a sus empleos, que a las ocho horitas cumplidas fichan para correr hacia sus casas. No me extrañó leerlo, ¡yo era una de esas personas!, yo ya lo sabía. Mi tiempo se ocupaba en las miles de clases, en los viajes en autobús, en las esperas en la parada y en limpiar la casa. Así pensaba entonces, eso sentía. ¿Y estudiar? Bueno, eso se hacía cuando se podía, en los resquicios que las demás cosas permitían.

Levantarse muy temprano, mientras los demás duermen, ponerse guantes y abrigo y salir a la terraza a tender la ropa que la noche antes dejaste en el barreño. Recoger un poco la cocina antes de correr a la parada del primer autobús del día. Marearse con los frenazos, aunque tan temprano la autovía aún no estuviera completamente congestionada. Andar hacia la escuela y llegar demasiado temprano. Esperar en la calle, normalmente tiritando, a que abrieran la puerta. Se acercaban sombras silenciosas, quizá medio dormidas como tú, que esperaban a tu lado.



Vivir allí dentro muchas horas, tomar apuntes, hacer amigos. Volver a casa muy tarde, muy cansada, arrastrando la mochila. Recoger la ropa tendida, o limpiar el baño, o barrer, o recoger la mesa, o planchar, o hacer la cena. O todo ello. Ducharse. Sentirse una nómada. ¿Dónde hay una habitación vacía? Una casa llena de gente, siempre. Un cuarto compartido con dos hermanas, que juegan, hacen ruido, quieren pintar en los apuntes y a veces lo hacen. Ahora la cocina está libre, tranquila... Qué bien, acarrear los trastos y estudiar allí. Entra alguien a los cinco minutos, dando voces. Encerrarse en el baño. "Saaaaaal, tengo que lavarme el pelo". "¿Cómo es que tenéis la habitación tan desordenada? Anda, ayuda a tus hermanas a ordenar sus juguetes. Y recoge tu ropa del pasillo, acabo de plancharla". Está bien. Quieres acostarte, te caes de sueño. Te metes en la cama y llegan tus hermanas, que juegan mientras se ponen el pijama, ríen, cantan, te tapas con la almohada, así nadie puede dormirse. Tu madre les abre las camas, les da besitos de buenas noches, te dice que no seas gruñona. Trabaja muchas horas, tiene muchos hijos, poco dinero y un ex marido que no paga su pensión, que le hace gastar energías en juicios absurdos, que le jode la vida. Duermes poco. Algunas mañanas preparas el desayuno, lavas y vistes a tus hermanas y las llevas al cole. Como eres la intermedia, como no trabajas, como no eres lo suficientemente mayor como para ocuparte de las cosas serias e importantes de los mayores, como eres lo suficientemente adulta como para poder llevar a las pequeñas por la acera, cantando, con el abrigo abrochado, las acompañas a su colegio y pierdes clases. Copias los apuntes en la parada del autobús, en el autobús, en el cuarto de baño, con una letra horrible. Cuando consigues algo de dinero haces fotocopias, siempre que hayas comprado el abono- transportes del mes.

No se lo dices a tu madre, pero algunos días solo comes un bollo y un café. (Uf, el café de la escuela, ¡qué recuerdos tan verdaderamente amargos!).

Y estas deseando que llegue el fin de semana, que haya un día festivo. Pero, qué lástima, es para dedicarlo a estudiar. Eso te cabrea muchísimo, "¡Yo lo quiero para descansar, para no hacer nada!" O, mejor, para hacer mucho, todo aquello con lo que a diario sueñas. Y dormir, sobre todo dormir. Qué maravilla, es sábado, no hay clase. Pero con el primer hilito de luz colándose por las rendijas de la persiana algo te hace abrir los ojos. Ves una carita redonda y sonriente mirándote atenta, a diez centímetros de la tuya. "¡Hola! ¿Estás despierta? Ya me he levantado, ¿me haces el desayuno? ¡Abre los ojos, que ya es de día!". Una dulce vocecita a la que es imposible no sonreír pero que te hace llorar. "Anda, vuelve a la cama un ratito y mira algún cuento. Un ratito largo, ¿vale?" "Hola otra vez. Ya he mirado el cuento, ¿me haces ahora el desayuno? ... ¡Pero no cierres los ojos!". Haces el desayuno de tu hermana, recoges la cocina, barres. "Oye, a ver si haces tu cama". Haces la cama. Ordenas la habitación. Limpias el cuarto de baño. A veces vas a hacer la compra. A la vuelta te sientas en una tapia, con las manos rojas por el peso y el frío, y piensas en cambiar tu vida, la de tu madre. Sueñas con tu otra vida.

Después de comer te toca fregar los platos. Tenéis un papelito pegado en la puerta de un armario en el que se señala qué le toca hacer a cada uno, y cuándo. A medida que los mayores se van independizando, o comienzan su vida laboral, van quedando tareas sin dueño, pero nadie ha cambiado el papelito. Y como tú no trabajas, solo estudias... Mientras friegas te encanta que entre el aire frío a través del cristal roto de la ventana, a pesar de que esté medio tapado con un cartón. Estás



convencida de que sale un olor raro de la caldera, pero nadie lo cree. Por la tarde sientes un dolor de cabeza insoportable y a veces vomitas. Las pequeñas también. Un periquito que les regalaron, que pasaba las noches en vela gritando y aleteando con mucho ruido y los días medio dormido, aparece en el fondo de la jaula, casi muerto. En la terraza resucita, vuelve a subir a su pequeño trono. Pero muere a los tres días. Lo enterráis con un cartelito: *"Aquí yace el anticristo. A los tres días murió. Nos despertaba por las noches. Le gustaba llevar la contraria. Adiós, periquito"*. Tu hermano mayor añadió: *"Eras un capullo, ahora podremos dormir"*. Pero tu hermana menor comenzó a llorar y lo tuvisteis que tachar. Ella escribió: *"Eras muy bonito. Voy a poner tu foto en la pared"*. Gracias a su inesperada muerte tu madre termina de creerte (tenía sus dudas), el dinero es un problema pero llama a un técnico que se lleva las manos a la cabeza y confirma que sí, que olía raro, pero que el peligro estaba en lo que no se olía, un gas que podía haberos matado a todos, que teníamos que dar gracias al cristal roto de la ventana. Vaya, no tener dinero para reponer un cristal te puede salvar la vida. Fue una gran lección aprendida. Después aprendiste otra: cuando el cristal roto te ha salvado la vida, seguir manteniéndolo así solo podría ocasionarte la muerte por frío en pleno invierno, cuando el dinero no llega para reponer el gas del depósito y en tu casa se congela el agua de los grifos.

Los sábados salías con los amigos. Por fin. Ya no tenías que hacerlo sola, fingiendo que te esperaba toda una cuadrilla, pasar la tarde sentada en una esquina oscura, oculta, invisible al mundo, y volver a casa sonriendo y viendo cómo tu madre respiraba tranquila. Sabías lo que pensaba: "Un bicho raro que se encierra en el cuarto y que parece no tener amigos seguro que verdaderamente es un bicho raro y no tiene amigos. Mejor

sería que volviera tarde a casa, aunque tuviera que regañarla". Así que procurabas mantenerla engañada al mismo tiempo que evitabas los comentarios de tus hermanos, a los que no se les veía el pelo hasta el domingo por la noche. Pero un día aparecieron ellos y tu vida cambió. Un grupo de locos divertidísimos con los que aprendiste a reír de verdad, aunque a veces te agobiaba usar siempre los mismos pantalones. Si conseguías tiempo, y necesitabas mucho dada tu poca habilidad para la costura, remendabas o cambiabas la cremallera del alguno rechazado por tus hermanas, o cosías sobre él parches de colores creando un estilo propio y peculiar. Por suerte, casi cada día podías usar una camisa o un jersey diferentes, era fácil abrir un armario y encontrar algo que ponerse sin que se notara demasiado que pertenecía a un hermano mayor. O menor. Dos o tres veces al año vuestras primas os obsequiaban con varias bolsas de ropa usada, en bastante buen estado y completamente fuera de vuestras posibilidades en su estado original; ese día había fiesta en casa.

Los fines de semana empezaste a volver a casa muy tarde, para desconcierto de tu madre, que nunca dijo nada. Qué bien lo pasabas, entonces sí. Tus amigos. Y tu amor. Muchas tardes enferma en la cama, intoxicada, deprimida, limpiando el retrete o remendando pantalones, buscando un huequito en el que estudiar, pero después podías salir de casa contenta y reír sin parar durante toda la noche, aunque hubieras tenido que romper la hucha para conseguir cuatro monedas. No sabías cómo conseguías ir aprobando tus asignaturas, tener energía para hacerlo, y, además, sonreír siempre. Quizá fuera por esas noches de sábado, por ese grupo de locos que conociste, por los momentos intermi-



nables en los que tus labios no eran tuyos y tu cuerpo se fundía con el de otro, completamente entregado.

Cuidabas niños algunos fines de semana, dabas clases particulares los veranos, regabas el jardín de una vecina, trabajabas el mes de agosto como suplente en la recepción de una academia y reparías propaganda por los buzones, lo peor de todo. Y eras única estirando la beca hasta justo el límite de su rotura. "Ahora que te han concedido la beca -decía tu madre- ¿por qué no te compras un abrigo? Ese que llevas está hecho un trapo". "Ay, pero me gusta". Verde. Un trapo, sí. Pero te gustaba. No sabes cómo apareció en tu vida. No lo compraste, eso seguro. "Si lo gasto en un abrigo ahora, además, ¿cómo pagaré el abono-transportes dentro de unos meses? ¿Y cómo compraré la caja para el herbario que necesito? ¿Cómo llegaré a fin de curso sin desfallecer a la hora de comer? ¿Y cómo podré ayudarte a ti, mamá, cuando te haga falta pagar abogados, técnicos de calderas, propano para la calefacción o chándal para los colegios?". Salías de la habitación callando todo esto y procurando que ella no adivinara tus pensamientos. Quizá lo hacía, pues callaba y se marchaba corriendo a trabajar, recoger a los niños del *cole*, ayudarles con sus deberes, hacer la compra, limpiar la casa, atender a la abuela y a sus manías y cuidar a su hermana enferma (a la que había que mover de un lado a otro, bañar y dar la comida como a un bebé). Aún así, conseguía tiempo para organizaros fiestas de cumpleaños o disfraces, cocinaros grandes guisos exquisitos con exiguos ingredientes desconocidos, sentarse en su máquina de coser y transformar vuestra ropa y, sobre todo, sonreíros mucho, procurando que no supierais de las tragedias de su vida, los juzgados, las denuncias, los guardias civiles, sus lágrimas en la ducha.

“¿Te vienes a la cuesta de Moyano? Es la feria del libro”. “No, gracias. Es que no tengo pasta”. “¡Pero si hay libros muy baratos!”. Lo sabías, eso era lo malo. Muy baratos y aún así imposibles para ti. Te veías al borde de un precipicio, empujando a todos tus amigos hacia el abismo. Así te sentías cada vez que declinabas alguna de sus ofertas. Fiestas, viajes, comidas. Les decías adiós mientras los veías caer, lentamente, junto a tus lagrimones, desapareciendo poco a poco de tu vista. Mientras, tu mano en el bolsillo se aferraba a las pocas monedas que te permitirían terminar la semana. Bocado de tortilla y un café para no caerte de sueño. No estaba tan mal. Pero maldita la costumbre del café que nació en ti entonces. O bendita, quizás, gracias a él podías permanecer despierta, más o menos despierta, durante las noches previas a los exámenes. Los únicos momentos en los que recuerdas haber estado estudiando verdaderamente. La casa en silencio, por fin, y una manta sobre los hombros. Palizas de dos o tres noches te permitían, incluso, sacar buenas notas. Te imponías el límite de las tres horas. No debías dormir menos de ese tiempo. O, mejor dicho, permanecer en la cama, aunque fuera dando vueltas y vueltas al cuerpo y a la cabeza. Claro que habías oído hablar de algún remedio químico más efectivo, incluso en los momentos de desfallecimiento llegaron a tentarte, pero, aunque hubieras sabido cómo conseguirlos (eras una pardilla absoluta en estos asuntos), nunca hubieras sido lo suficientemente atrevida, o quizás idiota, como para probarlos. Te machacabas de otra manera, nocturnamente y en silencio, marcando cada vez más tus ojeras, y recomendabas a todo el mundo que no te imitara. Escribías en los exámenes como una zombi, sintiendo pereza a veces cuando sabías una repuesta y te veías obligada a mover el bolígrafo, que se hacía de plomo, y volvías a casa en trance en el autobús.



La noche que dedicaste a preparar el herbario no te acostaste, fue la única de toda la carrera. Era un trabajo fundamentalmente manual y no sentiste excesivo cansancio. Hasta el día siguiente, cuando te juraste que sería la primera y última vez que pasabas una noche sin dormir por ese motivo. Y, de momento, sigues cumpliendo tu juramento.

¿Volver a esa vida, Nieves?... Recuerdas sentir la angustia del "no llego a tiempo", de suplicar "por favor, un día más, unas horas más", de prometerte "esto no me pasa más, al próximo iré descansada y con la lección aprendida". "¡Quiero estudiar más, poder dedicar más tiempo!". Todos lo queríais, supongo que era la sensación general de la clase. No lo hacíais, no queríais, no podíais, supongo. Recuerdas los madrugones, los amaneceres... Ay, eso te encantaba. Algunos meses del año, cuando las horas de luz se extendían hacia la madrugada y los días para ti no eran siempre noche, los amaneceres de Madrid, con naranjas y rosas pálidos apareciendo lentamente sobre la línea de los edificios, caminando por la ciudad universitaria hacia la escuela, eran el mejor momento del día. O uno de los dos mejores, el rojo atardecer sobre las montañas de Guadarrama te hechizaba, ciertamente. Recuerdas ser la primera en caminar por los pasillos de la escuela e ir encendiendo las luces y abriendo las persianas del aula. Un momento inigualable. Aún te asombra el pensar que muchos de tus compañeros nunca lo disfrutaron. Se perdieron el misterio de esos momentos, el eco de los pasos en el desierto edificio, el aula vacía, como preparada para vosotros, ansiosa, con los brazos abiertos, deseosa de recibir todas vuestras ilusiones, vuestra energía, sonriéndoo. Solías permanecer unos segundos allí de pié, respirando hondo, con los ojos cerrados. Paz. Este también era un buen momento del día. Recuerdas ahora las absurdas horas perdidas en las paradas del

autobús. Ahora no sería así, la frecuencia de autobuses es mucho mayor, pero entonces, si te retrasabas dos minutos y lo veías partir mientras corrías cruzando la calle, no tenías otro remedio que esperar allí ¡a veces hasta dos horas! Y ese era uno de los peores momentos del día, de esos en los que casi no podías evitar que se te saltaran las lágrimas. Recuerdas a tus amigas queridas, con las que compartiste muchas comidas y risas en la cafetería, muchos apuntes, algunas pellas y pocas confidencias, preferías no hablar demasiado de tu vida, de tu asquerosa vida, tu vida aburrida. Recuerdas sueño y los miles de cafés horribles. Recuerdas una época en la que jugabas a baloncesto. Recuerdas un día que vomitaste seis veces antes de llegar a casa, los pies empapados por no tener fuerzas de sortear los charcos, cuando eras capaz de verlos. Alguna fiesta, sí, y algún compañero aprovechándose del momento para intentar algo contigo (lo intentaban, pero no lo conseguían, tenías habilidad para sortear esos conflictos), pero no una larga fiesta con paréntesis de estudio, sino un siglo de clases y ganas de dormir en el que, ah, sí, algún día hubo una fiesta. No fuiste al viaje de fin de carrera. Los raritos no fuisteis. No participasteis en los preparativos de los meses anteriores, no vendisteis árboles de navidad, ni mecheros ni camisetas. Tus amigas no podían creer que no fueras con ellas, pero eran tan comprensivas que insistieron lo justo, adivinaron tus silencios y no indagaron más. Algo había en la vida de los raritos que los hacía ser así. Que os hacía ser así. Y vosotros lo sabíais, lo entendíais con solo miraros. Era una especie de comprensión solidaria. Su vida, te decías, "seguramente es peor que la mía". Pero a ellos se les notaba, se sabía, a simple vista, a qué grupo pertenecían. Eran los raritos y ya está, así que, en realidad, la más rara eras tú, que ni siquiera en ese grupo encajabas, tú *parecías normal* y los normales te trataban



como a una más. Nunca terminaste de encontrar tu sitio. Te contaron que una chica se suicidó. Por lo visto compartíais clase de hidráulica. Te sentiste culpable por no haber hecho nada para evitarlo, aunque ni siquiera la conocías, no sabes si alguna vez la viste, esa clase estaba masificada. Si no llegabas con mucha antelación te tocaba permanecer de pie al fondo del aula, sentada en el alféizar de la ventana, con el frío pinchándote los riñones, o en una silla en el pasillo, adivinando lo que se estaba escribiendo en la pizarra. El profesor dejaba la puerta abierta y explicaba en alta voz para ser oído. Su explicación era perfecta. A su examen podías llevar apuntes y fórmulas, pero nunca aprobabas. Estabas un poco enamorada de él, especialmente desde que le viste un día por el pasillo cogido tiernamente de la mano de una niña pequeña. Debes reconocer que no era el único, te has enamorado de muchos desde *parvulitos*; casi de todos menos de los guaperas y los creídos. Los feos eran tus preferidos. David, tu querido amigo David, vuestro querido compañero, murió en un accidente. Aún te cuesta creerlo. Recuerdas todas las horas que dedicaste a escribir idioteces en tus cuadernos. Idioteces es la palabra perfecta. Una especie de diario aburrido el que contabas con todo detalle a qué te dedicabas durante tu apasionante día; una retahíla de insulsas estupideces. Cuando conseguías un momento, y un espacio, para estudiar, colocabas los apuntes sobre la mesa y, sin saber cómo había sucedido, dos horas después reparabas en todas las letras con las que habías embadurnado los papeles; idioteces solamente. En las primaveras te ves sentada en un banco al sol, aprovechando una hora libre entre clases, o tomándotela así, escribiendo como una posea, sin pausas, dejándote el dedo marcado por la presión del bolígrafo. Aún conservas todos esos papeles, hojas de distinto tamaño,

cuadernos cuadriculados, folios con renglones torcidos. Algún día te atreverás a leerlos. O no.

Recuerdas salir de clase y caminar durante media hora hasta la parada del autobús, relajándote con cada paso. Un día pasó un ovni sobre vuestras cabezas. Todo el mundo se detuvo y lo miró. Una luz brillante pero sin brillo, algo extraño. Rápida y lenta al mismo tiempo. Se paró como observándoos y después se marchó como girándose sobre sí misma. Los periódicos dedicaron cuatro líneas al suceso. No sé por qué lo recuerdas ahora, pero fue real.

De esos años también recuerdas, a tu pesar, procurando no profundizar en ello nunca, los malos ratos de la familia, las denuncias, los llantos, los gritos, los problemas. Y, flotando continuamente en el aire, el silencio. Siempre había alguien cantando, con la *tele* encendida o hablando en voz alta, pero el silencio de los sentimientos era lo más ensordecedor de todo. Callar. Llorar a escondidas en el cuarto de baño, encontrando el minuto en el que nadie necesitaba utilizarlo. ¡Cuántas veces soñabas con una casita pequeña para ti sola, donde poder llorar a gusto, donde no tener que tragarse unas lágrimas tan amargas! Triste querer una casa para eso. Qué triste desear un día libre para estudiar.

Pero, supongo, qué feliz eras al mismo tiempo, inconscientemente. Tenías una misión en la vida, una meta: terminar la carrera, trabajar, tu casita propia o, al menos, tu propia habitación, hacer feliz a tu madre. Y tenías tus amigos, tu amor que te arrebatava, tus muchos hermanos y tu tiempo ocupado. Así que podría decirse que tu vida era feliz. Aunque no lo fueras tú.



“¡Quién volviera a ese momento!”, pensaba Nieves. ¡Cuánto me hizo cavilar aquella simple idea! ¿Un año entero, quizás? ¿Un siglo? No lo sé, pero un día me desperté y lo supe: yo iba a ser la que lo hiciera, quien volvería a ese momento. ¡Volvería a ser estudiante! Quizá esta vez podría ser de otra manera, ¡vivirlo de verdad!, ¡disfrutarlo!, masticar la realidad, resarcir lo no sentido. Fue muy fácil. Me matriculé de nuevo y paseé por la ciudad universitaria otra vez, sonriendo a todo con lo que me cruzaba. De eso hace ya más de diez años y aún no ha terminado, sigo estudiando, ¡soy una estudiante universitaria! Y no sé si algún día dejaré de serlo, ¡tantas cosas me quedan por aprender!